



PLANETA

JUVENIL

ELLAS SE ESTÁN COMIENDO AL GATO

MIGUEL ÁNGEL MANRIQUE



Planetalector

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: Departamento de Diseño Grupo Planeta
Imagen de cubierta: Shutterstock

© 2015, Miguel Ángel Manrique

© 2015, Editorial Planeta Colombiana S. A.
Calle 73 N° 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-4710-0

ISBN 10: 958-42-4710-7

Primera impresión: octubre de 2015

Segunda impresión: febrero de 2019

Tercera impresión: agosto de 2019

Cuarta impresión: enero de 2020

Impreso por Editorial Nomos S.A.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

MIGUEL ÁNGEL MANRIQUE (biografía)

Nació en 1967 en El Carmen de Bolívar, Colombia. Estudió literatura en la Universidad Nacional de Colombia. Se especializó en Ciencias de la comunicación en la Universidad Autónoma de Barcelona y tiene una maestría en Educación en la Universidad Externado de Colombia. Ha publicado *La mirada enferma* (2005) y *Disturbio* (2012).

A Jerónimo y Alejandro

*Había zombis en el parque, zombis fumando porros,
zombis conduciendo taxis, zombis sentados en escalones
y haraganeando en las esquinas, todos esperando a que
pasaran los años y se les cayera la carne de los huesos.*

Los muertos, MICHAEL SWANWICK

*Somos supervivientes,
le dijo desde el otro lado de la lámpara.*

¿Supervivientes?, dijo ella.

Sí.

¿Se puede saber de qué demonios hablas?

No somos supervivientes.

*Esto es una película de terror
y nosotros somos muertos andantes.*

La carretera, CORMAC MCCARTHY

ÍNDICE

Manuscrito encontrado en una botella plástica	13
Sobrevivientes	17
La última mujer sobre la Tierra.....	25
Breve historia de los muertos vivientes.....	35
Mamá está extraña	51
Ellas se están comiendo al gato	59
¿Por qué todo el mundo dice que los zombis comen cerebros?.....	71
Las gafas <i>vintage</i> de George Romero	85
Sesenta segundos de trillado expresionismo	95
Todos los monstruos mueren al amanecer	113
Epílogo	123

MANUSCRITO ENCONTRADO EN UNA BOTELLA PLÁSTICA

El hombre es el peor de todos los males.

K. DE WAARD

Tenía que andar con cuidado para evitar a los monstruos.

El mundo estaba patas arriba y ya no había lugares donde esconderse. Era arriesgado recorrer la ciudad y desesperanzador observar la desolación en que se hallaba. Era una ciudad tan triste como un verso de K. de Waard. Una ciudad vacía, un laberinto.

Fue difícil encontrar a los protagonistas de estas historias. Personajes reales, sobrevivientes amigables, generalmente solitarios. Hablé con ellos en los sitios donde me los topé: alguna casa en ruinas, cierto apartamento decaído, un sórdido bar. Caminaba de día, buscándolos, y regresaba a mi escondite antes de que anocheciera.

T me sugirió algunos nombres: el de la historiadora longeva, el científico borracho y el perverso cazador de muertos vivientes. Los demás, los deparó el azar. Nunca fue fácil conversar con ellos. El miedo, el escepticismo y la irracionalidad en que cayó la mayoría de la gente, les impidió hablar con claridad de lo ocurrido. Finalmente, sólo nueve personas se atrevieron a decir algo. Entre esas, Liliana.

Siempre llevaba conmigo un morral donde guardaba la poca comida que encontraba, la botella de plástico para el agua, los lápices, el tajalápiz, estas hojas sueltas, el cuchillo de caza que robé en una tienda deportiva, la linterna, el martillo y el revólver con tres balas que le quité a un policía muerto. Se había pegado un tiro a bocajarro.

Cargaba también una cámara fotográfica digital compacta y un libro de poemas de K. de Waard.

En mi refugio tuve además una bicicleta eléctrica. Le adapté una batería. Cuando pedaleaba, podía recargar las pilas que usaba en la cámara y la linterna.

Caminar por la ciudad era cada vez más peligroso. Pululaban los muertos vivientes. Los caníbales. Los asesinos. Cuando sentía su presencia trataba de estar alerta. Estaban por todas partes. No se conseguían alimentos ni agua. Nada. La escasez absoluta. Soportaba todo esto, menos que no hubiera música. Así que leía poesía. *Un zombi es un zombi es un zombi*. Como otros

sobrevivientes, planeaba huir de la ciudad en ruinas. Iría al sur del continente. Oí rumores de que el virus no había afectado esos territorios y que existían colonias de seres humanos viviendo allí. Ya lo decidiría.

No supe dónde vivía mi maestro. Quise verlo, pero él prefería vivir aislado. A veces llegaba a mi refugio una paloma mensajera de color gris con un papelito amarrado a una pata. Mensajes de T. Muchas veces pretendí seguir su vuelo, pero, nunca logré alcanzarla. Viajaba mucho más rápido que yo. Un día no volvió más.

La historia de Iván me la otorgó el azar. Unos soldados buscaban comida en un barrio en el sur de la ciudad. Estaban armados con fusiles y se movilizaban en dos Humvee amarillos, herencia de los ejércitos norteamericano y chino, luego de que vencieran a los muertos vivientes en la Guerra Mundial Z. Aunque era peligroso presentarse así ante desconocidos, me arriesgué a salir a su encuentro. Felizmente, me recogieron. Les conté que escribía una serie de historias sobre el desastre.

—A quién le importan las historias en estos momentos —dijo el que hacía las veces de líder.

—A mí —respondí.

—Creo que está loco —dijo el líder—. Si quiere venir con nosotros, bienvenido; necesitamos hombres fuertes para ir hacia Tierra del Fuego. Cruzaremos montañas, páramos, desiertos y punas, y en dos o tres semanas

estaremos allá, dependiendo del combustible. Si no quiere, haga lo que se le dé la gana.

Se detuvieron en frente de una bodega abandonada para buscar provisiones. Me bajé del vehículo para estirar las piernas. Entré al lugar. Allí se habían conjugado los elementos de la desolación: el olor a desesperanza, el agua que goteaba en un rincón, y una tibia y espesa sombra que lo cubría todo. Allí hablé con Iván y conocí a John. Luego escribí *Sobrevivientes*.

Fui periodista. T, mi maestro, me enseñó lo poco que sé de este terrible oficio. Decidí escribir estas historias del fin del mundo con el simple propósito de que él las leyera. Las escribí en diferentes épocas. Incierto lector, si las está leyendo en este instante, usted es un sobreviviente, alguien que sigue vivo en medio de la catástrofe. En alguna ocasión, un viejo militar con el que hablé dijo que yo era valiente, aunque no le creí. Después de que el planeta se fue al traste, siempre sentí temor, mucho temor. Lo admito, no fui osado. Sin embargo, huir del peligro, como dijo T cierta vez, tampoco me convirtió en cobarde.

SOBREVIVIENTES

La primera víctima del conflicto tiene que ser nuestro sentimiento —decía la frase final de su propuesta—, porque su supervivencia significaría nuestra destrucción.

MAX BROOKS

La multitud corría horrorizada hacia la carretera. John se soltó de la mano de su madre. Era un buen niño.

—¡John! ¡John! —gritó la madre.

Ya era tarde.

La horda estaba sobre ella.

* * *

Esto podría titularse «Historia de un milagro». No soy creyente, así que no creo en milagros ni sucesos sobrenaturales. Pero debo reconocer que vivo en un país donde la palabra milagro hizo escuela, sobre todo en el periodismo.

Antes se decía: «Fulanito se salvó de milagro» porque no se mató en el accidente. Odio las frases hechas. Más le habría valido morir. Cuando el país estaba en época de bonanza —crecimiento económico, tasa de desempleo de un dígito—, se hablaba del «milagro económico». En un país embebido en la fe católica, los milagros existían y nadie aceptaba explicaciones racionales o científicas de los hechos. Sin embargo, cuando escuché a Iván no supe cómo catalogar su historia. Habría golpeado al que me hubiera salido con el cuento del milagro. Sólo sabía que la historia de Iván era la historia de un niño inteligente.

Muchas personas sobreviven a distintas catástrofes: accidentes aéreos, naufragios, incendios, derrumbes, terremotos, tsunamis. A sí mismos. De modo que en un país tan poco preparado para los desastres parecía un milagro que Iván, un niño de nueve años, hubiera sobrevivido al virus S. La hecatombe no provino, como se pensó en el pasado, del gobierno de izquierda ni de las posteriores refundaciones del país realizadas por la derecha. Ni siquiera el Gran Aguacero —llovió día y noche durante diez días seguidos—, dejó al país tan destrozado.

Cuando comenzó la reconstrucción, el último presidente (descendiente de uno que gobernó hace setenta años) cantó victoria demasiado pronto. Nadie estaba listo para soportar las espeluznantes secuelas del virus S. Lo de virus S se lo inventó el periodista de humor de la revista *Episteme*, bisnieto del gran humorista de la

familia, en la edición número 3958. Dijo, cito textualmente: «Adoro al nieto del doctor Londoño porque, al igual que su abuelo, inventó una vacuna sintética contra el virus Z. La revista *Science* casi no le publica el artículo porque cometió un error: lo escribió con S». Desde ese momento el virus Z, transmitido por la mordedura de los muertos vivientes, de los que hubo una gran explosión demográfica a mediados del siglo XXI, se conoce en nuestro país como virus S. No por ello ha dejado de causar estragos en todas las regiones de Colombia, sobre todo en el Chocó y en la superpoblada ciudad de Leticia.

Iván sobrevivió porque su madre lo encerró en la bodega donde se almacenaban los alimentos donados para atender a los damnificados del Gran Aguacero. No todos los niños corrieron con la misma fortuna. Su madre, que no solía andar con sutilezas, no le dijo que el virus era un juego ni que iba a acumular puntos. Le dijo, en palabras del propio Iván: «Niño, quédate ahí y no salgas hasta que el apocalipsis haya terminado». El niño le preguntó: «¿Y cómo voy a saber eso?». Su madre dice que le dijo: «Mijo, sal cuando veas los robots». El pequeño Iván se pasó tres años mirando por una rendija la venida de los robots que nunca llegaron. Miraba al cielo, miraba al horizonte. El primer año vio cómo los habitantes del lugar huían perseguidos por manadas de monstruos. «Eran caníbales y olían feo», dijo cuando lo entrevisté. El segundo año vio deambular a los monstruos. Luego se dio cuenta de que disminuyeron, pero los robots no aparecían.

Tres años después de que la horda de muertos vivientes arrasara la ciudad, el pequeño Iván abrió la puerta de la bodega y vio la luz. Los pocos soldados del ejército, que alguna vez fueron asesorados por el gobierno norteamericano —que había sufrido una guerra similar unos años antes— intentaban encontrar alimentos.

—¿De qué te alimentabas?, ¿qué comías? —pregunté con curiosidad.

—Panela.

Cuando entré en la bodega donde Iván estuvo encerrado por más de mil días, vi muchas latas vacías de sardinas y atún, así como unas ochenta o cien cajas de panela. Olía a excrementos humanos, orines y carne descompuesta. Olía a basurero.

—¿Cómo hacías para conseguir agua?

—Llené unas botellas con agua de lluvia.

En un rincón conté como veinte galones plásticos llenos de agua seguramente imbebible. Iván me mostró cómo lo hacía. Cuando llovía, caía una gotera del techo de zinc y él ponía debajo una botella para llenarla.

—¿Nunca saliste de aquí?

—Mi mamá dijo que no saliera hasta que viera a los robots.

—¿Sabes cómo es un robot?

—Es como un *transformer*. Esta mañana, cuando me asomé, vi los carros amarillos. Eran ellos.

Iván había confundido los Humvee con robots. Pero así son los niños.

—¿Extrañas a tu mamá?

—Sí.

—¿Qué sentiste cuando llegaron los robots?

—Me puse feliz.

Acompañé a Iván hasta la salida de la bodega. Durante una pausa, le tomé fotos junto a los soldados sobre los viejos Humvee amarillos.

—¿Te aburrías mucho aquí encerrado?

—No.

—¿Qué hacías para divertirte, Iván?

—Jugar.

Iván había construido una especie de laberinto con las cajas y un cambuche con unas colchonetas en el entresuelo de la edificación.

—¿Con quién jugabas?

—Al principio, con nadie.

—¿Cómo que al principio?

—Es que después jugué con un amigo.

Era normal. Después de estar encerrado tres años en la soledad de la bodega, Iván tuvo que haber creado un amigo imaginario, tuvo que haber compartido su vida con un personaje de ficción, con alguien irreal.

—¿Cómo se llama tu amigo?

—John.

—¿John? John es un buen nombre, Iván, ¿a qué jugabas con John?

—A los congelados, a hacer ruidos, a contar historias...

—Entiendo. Debe ser muy difícil estar tan solo, todo ese tiempo...

—John no habla, es muy aburrido.

Lo comprendía.

—Bueno, Iván, ahora ya puedes jugar con niños de verdad. Vamos súbete a ese *transformer* con esos señores. Seguro te llevarán a un sitio donde podrás bañarte y te darán comida caliente.

El que hacía las veces de líder me miró con cara de «No hable mierda». Le devolví la mirada como diciendo «Es un niño».

—¿Y John?

—No te preocupes, Iván, John va a estar bien.

—Vamos, campeón —dijo otro soldado levantando a Iván por la cintura para subirlo al vehículo—, arriba, se hace tarde y es arriesgado andar de noche por aquí.

—¿Y John?

El soldado no le hizo caso. Metió a Iván dentro del vehículo. Tomé unas fotos de la fachada del edificio e hice unas descripciones del lugar. El líder me escoltó,

mientras sus compañeros cargaron los galones que contenían el agua que no se había descompuesto.

—¡John! ¡John! —gritó Iván. A través de la ventana del Humvee pude ver su rostro lleno de lágrimas.

Cuando uno debe soportar mil días de soledad, pensé, se aferra a sus fantasías. Recordé un clásico del cine de principios de siglo del gusto de mi padre, *Náufrago*. En esa película, Tom Hanks hace amistad con Wilson, un balón de voleibol. Soy muy sentimental, lo heredé de papá, y aún lloro cuando Wilson se cae de la balsa y se pierde en el océano.

Entré de nuevo en la bodega para fotografiar el interior. El líder se quedó afuera. Comprendí que Iván sobrevivió no por un milagro, sino por su inteligencia. Era un niño muy hábil y capaz. Cuando yo estaba a punto de salir oí un ruido en la parte posterior. Fui hasta el fondo y encontré una puerta de madera casi deshecha. Me quedé en silencio y escuché una especie de gemido que salía del lugar. Entreabrí la puerta. Era el baño. Una enorme rata corrió pegada a una pared para ocultarse entre la basura. Sentí escalofrío. Un intenso hedor a carroña me hizo dar un paso atrás. Me tapé la nariz con el brazo y terminé de abrir la puerta con el pie. Los gemidos aumentaron. Cuando me asomé, el pequeño monstruo se abalanzó sobre mí, gruñendo. Salté hacia atrás y caí de espaldas. Grité aterrizado. Afortunadamente,

algo lo detuvo y evitó que me mordiera. Tenía una soga amarrada al cuello.

—¡Está vivo! —gritó el líder, que entró corriendo cuando me escuchó.

—Este debe ser John —dije ya más tranquilo.

El pequeño monstruo tenía la carne del rostro de color gris, los ojos hundidos, amarillos, y los brazos eran jirones de piel putrefacta. Le tomé algunas fotografías. Luego, el líder le disparó en la frente. Deduje, por los huesos y restos de animales tirados en el baño, que John se había alimentado de ratas y gatos vagabundos. En vida pudo haber sido un niño de unos seis años. Un buen niño.